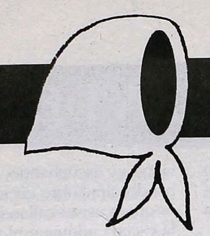
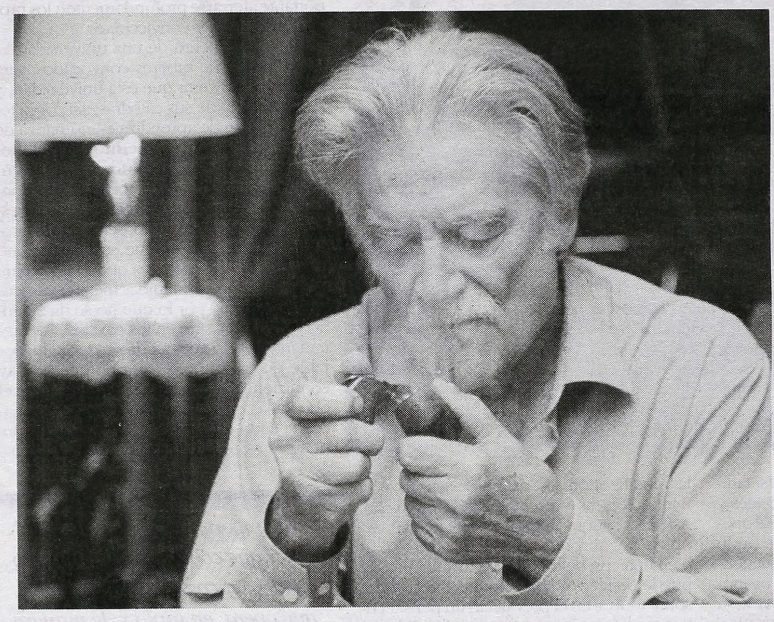


Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo



FERNANDO ULLOA

"Una utopía con tópica actual"

Dentro de la modalidad de estudios de la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo (UPMPM), se ha dispuesto un Taller del Colectivo, destinado a funcionar periódicamente con la participación de toda la comunidad instituida en la Universidad. La principal propuesta de éste apunta a horizontalizar las relaciones docentes/alumnos, sin que ello implique debilitar las responsabilidades y características de los respectivos roles. Se intenta sostener tal objetivo mediante la producción colectiva de pensamiento crítico, en el marco del debate de ideas y atento a la construcción del proyecto de esta Universidad Popular. Un debate del que no queda excluido el propio Taller del Colectivo y quienes conducen tal dispositivo metodológico.

Estaba prevista una devolución a mi cargo, a modo de conceptualización de lo que había acontecido hasta ese momento, luego de las dos primeras reuniones del Taller. Devolución que también se ajustó a los pasos del dispositivo: plenario inicial –para el caso, escenario de mi presentación–, discusión en los grupos de reflexión, no sólo de mi ponencia sino también de lo que va aconteciendo en la puesta en marcha de la UPMPM. Finalmente un nuevo plenario donde los voceros de cada grupo reflejan lo producido en los ámbitos, para abrir la oportunidad de un debate. Debate que de hecho también es una herramienta a construir y perfeccionar, tratando de resolver, entre otras cosas, algunos obstáculos frecuentes en este tipo de intercambios ampliados a los distintos sectores de una comunidad, cuando no se rehúsa considerar la dimensión política, tanto la propia de la institución como la del entorno social. Estos obstáculos están referidos a dos figuras importantes en la historia de los procesos sociales: el juicio público y el juicio popular, cuya presencia es legítima frente a comunidades atravesadas por la impunidad. El juicio público denuncia tal impunidad, en tanto el juicio popular pretende sancionarla. Pero estas modalidades no se legitiman en comunidades en las que no es, precisamente, la impunidad la que preside su funcionamiento, aunque el pluralismo se exprese en un abanico de ideas y opiniones a debatir, quizás en forma disidente.

El presente texto, que pretende reflejar todos estos momentos, toma en cuenta las notas personales previas a mi participación. También considera mi propia intervención, para el caso hablada al azar de la memoria y sus vicisitudes, tratando de aproximar condiciones coloquiales propicias al debate. Condiciones que pretenden hacer retroceder la intimidación, tan sordamente frecuente en lo público, dando lugar así a la "resonancia íntima", como condición necesaria para que aquel que tiene algo que decir, válido o no, sea escuchado y promueva respuesta. El texto también refleja la propia experiencia del Taller, así como mis consideraciones ulteriores.

Debo señalar que para esta ocasión y, en general, para toda intervención en campos que denomino "de la numerosidad social", a los que me aproximo intentando no desmentir mi oficio psicoanalítico, me resulta útil valerme de algunos elementos de la metodología clínica. Una clínica ya alejada del quehacer propio de la medicina, cuyo objeto es la enfermedad, pero que conserva lo esencial de sus procederes, por ejemplo, el abordaje holístico o global de los datos del campo y que, a su vez, es clínica de cuidados, no tanto de aquellos referidos a lo patológico, pero sí al pathos (sufrimiento) instalado con frecuencia en toda comunidad instituida, ya sea que se origine ahí mismo o que resulte reflejo del sufrimiento exterior. Una clínica que desde su linaje médico tiende a expresarse en forma de "prescripciones" y aun de aconsejados "remedios".

También incluye esta metodología lo propio de la clínica de linaje psicoanalítico, que no recurre a un enfoque global u holístico, sino a la atenta consideración del fragmento, del detalle, como una grieta de acceso por donde adentrarse a lo propio de cada sujeto (subjetividad) y a sus posibles determinantes subyacentes. No es, la clínica psicoanalítica, clínica de cuidados en el sentido médico, pero sí cuidadosamente atenta a los afectos puestos en juego en el campo que el propio psicoanalista integra. Debo destacar, sin embargo, que en ningún momento el psicoanálisis ejercita ahí su quehacer específico. En este campo el psicoanalista podrá ser convocado pero no demandado como tal, ya que el psicoanálisis pasa exclusiva y pertinentemente por el propio operador, atento a sí mismo en este contexto de la numerosidad social.

Quisiera insistir, en cuanto a la metodología clínica, en dos principios generales de este proceder: ni en esta clínica, ni en ninguna otra, se trata de practicar teorías, sino que, desde el nivel teórico alcanzado se procura conceptualizar la práctica. Se dirá que esta afirmación es algo extrema, pero lo que pretende señalar no es la prohibición del exponer teóricamente, de hecho yo mismo estoy haciéndolo, pero sí procurar que un maquillaje conceptual no oculte los emergentes propios de una situación, sobre todo si el propósito es el debate.

Lo anterior "justifica" el hecho de que mi participación inicial en el dispositivo al que estoy aludiendo haya sido "hablada". No se me escapa que esto supone los riesgos y beneficios de la vacilación pensante, a partir de confrontar lo que uno se propone decir con lo que el campo, en ▶



sus rumores y silencios, como así también a través de actitudes corporales y aun en acciones y palabras, devuelve al operador. Todo esto resulta un buen recaudo para evitar la arrogancia que con frecuencia impregna la actitud de quien se propone a la mirada de los otros sin mirar a su vez. Algo que suele promover especularmente, en el auditorio, un sentimiento contrario: la vergüenza de aquel que mira sin exponerse a la mirada. Con frecuencia finalizada una exposición, quizás algo arrogante –en los términos que acá lo propongo–, los oyentes que han estado mirando escondidos en la numerosidad del público, se diría que espiando por el ojo de la cerradura, suelen tener dificultades para vencer esa "vergüenza". En todo caso, la arrogancia que de hecho transgrede la propuesta de "no practicar teorías", arriesga degradar el discurso de quien habla a discurso de predicador. Esto se evita en gran medida en tanto se intenta conceptualizar lo que ahí **sucede** y lo que ahí **acontece** (retomaré luego estos dos términos claves). Un segundo principio clínico, complementario del anterior, como también del suceder diagnóstico y del acontecer pronóstico, puede ser expresado así: los fundamentos teóricos que componen la actitud de quien habla producen efectos sobre el campo en el que opera. Efectos que validan o cuestionan, y aun invalidan, esos supuestos teóricos iniciales. Y dado que el propio operador forma parte de ese campo, también sobre la marcha, él mismo irá validando o poniendo en cuestión sus propios fundamentos.

Una conducción clínica propicia al debate acepta poner en calidad de borradores las ideas teóricas más personales, más firmes, si se pretende aprovechar la oportunidad de enriquecer con la validación o con la modificación las propuestas teóricas y metodológicas presentadas a la discusión. Así se va bosquejando un resultado, tal vez previsto y aun buscado, pero no inexorablemente predeterminado. Resultado que puede perfeccionarse durante el recorrido, sobre todo si en él prevaleció un pensar crítico que no rehuye la autocrítica. Resulta oportuno señalar que si la autocrítica es esencial en un debate de ideas, el "hablar mal de uno" suele ser no sólo melancólica inutilidad, sino que, con frecuencia, apunta a eludir el rigor crítico sobre lo propio.

Me he detenido a explicitar, sucintamente, algunos elementos que hacen a la metodología clínica que me es habitual y a la que recurro para la lectura de este campo, no sólo para mostrar hábitos y herramientas personales de trabajo, sino que desde ellas pretendo fundamentar que la principal intención del Taller del Colectivo es un típico ejemplo de un proceder crítico, indispensable para la producción de un pensamiento de esta naturaleza.

Hé aludido anteriormente y con intención a dos verbos, **suceder** y **acontecer**. El primero, ligado a los diagnósticos y el segundo, a los pronósticos. Uno y otro me encaminan a presentar a la clínica, que aquí propongo, como uno de esos procederes críticos.

Si partimos de afirmar que los diagnósticos se leen, es fácil entender que los mismos suceden, son sucesivos o consecuencia de alguna propuesta conceptual previa, que da cuenta del campo a diagnosticar y que permitirá deducir o leer un diagnóstico. Este suceder, esta consecuencia, es un ejemplo legítimo de pensamiento deductivo. Por otra parte, el verbo acontecer enfatiza no tanto aquello que resulta sucesivo respecto de algo ya existente, sino lo que irrumpe como un nuevo conocimiento o quizás como una nueva cuestión a explorar. En este sentido, inaugura una manera nueva de pensar.

Si el suceder es consecuencia de lo previo, el acontecer juega sus efectos a futuro y ésta es una característica propia del pensamiento crítico constructor de pronóstico. En cualquier campo social, y esto incluye este proyecto universitario, lo que garantiza la construcción pronóstica de un futuro es el establecimiento previo de una correcta lectura diagnóstica y, a partir de ella, sostener tenazmente la propuesta que asegure aquella construcción. Me importa insistir respecto del valor que cobra un pensamiento crítico, eficaz en el campo en el que opera, en tanto y de manera privilegiada, opere también sobre quien sostiene la crítica, vale decir, que alcance e integre a todos los que impulsan ese propósito. Esto guarda una relación directa con la propuesta de animarse a poner en borrador, a bosquejar, las posturas más firmes, en tanto se esté dando un legítimo debate que no es arbitrariamente convertido en juicio público o en juicio popular. De darse arbitrariamente estas circunstancias, resulta muy importante aferrarse profundamente a los propios principios y convicciones.

Si el fundamento de una universidad es la diversidad de saberes convocados, será importante advertir que esta universidad, y aun cada una de sus cátedras, así como toda operación de aprendizaje-enseñanza de la misma, constituyen **recintos per-elaborativos**. La idea de **recinto** es fácil de entender, en tanto alude a todo ámbito donde se debate públicamente, ya sean leyes, políticas, teorías, métodos, etc. Mas lo propio de un recinto es que sus paredes no son los muros materiales que lo entornan, sino que están constituidas metafóricamente –y no tanto– por lo que no se dice dentro del recinto, sino en los pasillos. Concretamente, por lo que queda sin decir ahí, por parte de cada uno, ya sea porque no hay condiciones públicas para ello o porque el que calla, queriendo hablar, no logra hacerlo. Todo esto sin olvidar que la palabra siempre es una estrategia personal, en todo caso relacionada con el compromiso solidario de decir o de callar, según lo juzgue quien la articula. A medida que el debate de ideas avanza porque se van construyendo las condiciones culturales para que ello sea posible, y esto incluso anima a quien de inicio se inhibió, las paredes metafóricas del recinto se harán cada vez más permeables al ingreso de "los pasillos", sea lo dicho por fuera o lo no dicho. Con esta apertura aumentará la ulterior eficacia social de lo que se está construyendo. Es que un recinto es todo lo contrario a una torre de marfil.

"Me importa insistir respecto del valor que cobra un pensamiento crítico, eficaz en el campo en el que opera, en tanto y de manera privilegiada opere también sobre quien sostiene la crítica, vale decir que alcance e integre a todos los que impulsan ese propósito."

En cuanto a la idea de **per-elaboración**, si bien alude –en psicoanálisis– a un proceso complejo mediante el cual alguien va haciendo conciencia acerca de sí mismo (algo así como "me doy cuenta de que siempre supe lo que acabo de saber..."), un darse cuenta, que incluso puede ser muy fugaz pero suficiente para ir abriendo una actitud distinta, en quienes hablan y de manera particular en quienes quizá sin hablar permanecen atentos a lo que van viendo y escuchando, sobre todo si lo debatido gira sobre cuestiones políticas. Para quien asiste callando, pero no callado, la escena adquiere el valor de una representación teatral con efectos beneficiosos, en el sentido de ese "me doy cuenta...". Pero aun hay algo interesante en el término per-elaboración. Resulta que la partícula "per" tiene un doble significado en español y en otros idiomas ya que alude a intensidad y además a efectos prolongados en el tiempo. Lo que está ilustrado precisamente por la palabra **perdurable**. De un intenso y válido debate de ideas puede esperarse efectos perdurables, incluso a partir de esos fugaces momentos que conmueven a los participantes.

A propósito de esta perdurabilidad en los efectos, como resultado esperable a partir de las condiciones que vengo describiendo, voy a incluir un diseño (una herramienta clínica), que por otra parte fue lo único que escribí en el pizarrón durante mi devolución. Se trata de lo que habitualmente presento como: "los cuatro parámetros que constituyen un encuadre (clínico) de capacitación".

Los presento primero, para luego desarrollar su dinámica:

–Materialidad del campo.
–Proyecto principal.
–Teoría, metodología y proceder técnico.
–Estilo personal.

Es importante señalar que estos parámetros se aplican tanto al campo sobre el que trabaja un clínico como al clínico mismo y su proceder.

La materialidad del campo, como primer parámetro, no alude exclusivamente al escenario material sino que incluye el clima dado en ese ámbito, y también el número de personas que lo integran. No es lo mismo lo que produce un pequeño, un mediano o gran grupo. Es legítimo hablar de climas clínicos, que facilitan o no diferentes abordajes. Climas que se cortan con cuchillo, hiriendo en primer término "el buen trato", trato según arte (que de ahí proviene tratamiento), como recaudo ético de todo proceder clínico. Herido el método, las lastimaduras afectan a todos los involucrados.

El segundo parámetro –el proyecto– destaca la naturaleza y los objetivos de ese campo, y fundamentalmente qué es lo que procuran quienes demandan la intervención y qué es lo explícitamente acordado para legitimarla.

De hecho, tanto el clima que se desprende de la materialidad del campo como la índole del pedido que englobó el parámetro "proyecto", unido a la especificidad de esa institución, irán determinando qué es lo que se puede y lo que no se puede hacer. Y a esto alude lo que luego presentaré como el principio de pertinencia, principio que es función del proyecto y también del momento que cursa el mismo. Es obvio que lo que no corresponde hacer en un clima inicial, puede llegar a ser factible a medida que avanza el desarrollo de la intervención, posiblemente modificando el clima.

Con respecto del tercer parámetro, siempre es importante explorar la tríada que ordena secuencialmente los fundamentos teóricos, metodológicos y técnicos –estos últimos definidos como el arte de accionar un cometido–. Tríada que apoyará las tareas principales de esa institución, así como las del clínico y sus procederes. De no ser así, la técnica se degradará en costumbre, la metodología será errática, y ningún fundamento teórico merecerá verdaderamente esa calificación. Por esto mismo resulta importante explorar esas características del queha-

"Una utopía co

FERNANI

cer de la institución sobre la que se trabaja, puesto que así se pondrá en evidencia cuánto de automatismo y de actividad pensante existe en sus procederes.

Pero lo más determinante y difícil de graduar y sobre lo que operará específicamente el accionar clínico es el cuarto parámetro, que he presentado como estilo personal, el de cada uno de los integrantes, incluidos los operadores; estilo que no necesariamente corresponde al perfil habitual de esa persona sino al modo como se presenta en ese campo de trabajo.

Quiero destacar que este encuadre clínico presentado aquí muy sucintamente, cuando es leído hacia abajo, resulta lectura diagnóstica. Veamos ahora, la construcción pronóstica, vale decir una lectura ascendente. El estilo personal, en la medida que se pone en juego en el debate, y sobre todo desde la posición autocrítica, adviene estilo experiencial. Y de ahí, avanzando la capacitación, estilo instrumental. Como estilo instrumental pasa a integrar el eje del método, o sea el tercer parámetro. Esta integración de lo personal en el método provee al clínico de un proyecto personal y de una visión del mundo y su lugar en el mismo, vale decir una postura a la par ética e ideológica. Esta última en el sentido elaborado y no solamente en el reactivo de "me gusta o no me gusta". Desde la misma esta manera personal de ser se confronta con el proyecto del campo desde una producción crítica, que tanto tendrá efecto sobre el campo como sobre sí mismo.

Lo que he descrito ascendentemente como construcción de un pronóstico también puede ser definido como el proceso de capacitación del propio operador clínico y del campo.

Me voy a ocupar ahora de otra idea –ya no tan propia de la clínica, aunque esté es-

on tópica actual"

DO ULLOA

trechamente relacionada con ella– y que fue especialmente considerada en el transcurso de la devolución conceptual. Se trata de lo que suelo denominar **"un recurso moderno"** y que puede ser ejemplificado por todo aquello que representa, en el curso de un proceso, una novedad ya sea en el ámbito técnico, comunitario, y aun el surgimiento, dentro del campo social, de un proyecto novedoso y por ello un verdadero desafío en cuanto a su realización, como lo es la UPMPM.

Lo que quiero señalar es que el Taller del Colectivo, como también la idea de una universidad popular, representa verdaderos recursos modernos, por supuesto de diferente importancia cada uno, ya que la universidad es toda una institución, y el Taller se limita a recurso técnico. Su condición de no habituales o novedosos tiende a perturbar lo habitual del campo en el que se aplican. La Universidad Popular sobre el campo social, el Taller del Colectivo sobre la Universidad Popular. Es por esta in-habitualidad perturbadora de lo establecido, que el recurso logra generar efectos positivos en los procederes de ese campo, pero además, por esta misma razón, también está sometido a los embates de lo establecido, o de lo que socialmente "se usa" sin ningún cuestionamiento, por más arbitrario que sea. Todo esto expone a un recurso moderno, sobre todo en los inicios, a un cierto grado de deterioro, algo que siempre debe ser tomado en cuenta, atento a las crisis que se presentan. Se trata de extraer aprendizaje de esas crisis: no hacer de ella una catástrofe, un fracaso, sino la oportunidad de perfeccionar una organización institucional. Algo que resulta facilitado cuando esa crisis puede ser prevista. Este riesgo de deterioro hace necesario un tiempo de evaluación que permita operar la corrección necesaria tanto del recurso moderno como sobre el campo en el que opera.

Por supuesto, todo recurso moderno requiere una base teórica y un método que lo fundamente, así como el tiempo necesario para garantizar la correcta evaluación de los efectos que provoca. Ya me he referido, tal vez con cierta insistencia, a aquello de "no practicar teoría". Pero esto no supone ir en desmedro de los soportes teóricos, todo lo contrario. Quien esté desprovisto de bases teóricas corre el riesgo de no saber a qué atenerse –e inexorablemente se atendrá a las consecuencias, aproximando la posición del idiota, cuando este término no indica una descalificación peyorativa o un cuadro neuropsiquiátrico–.

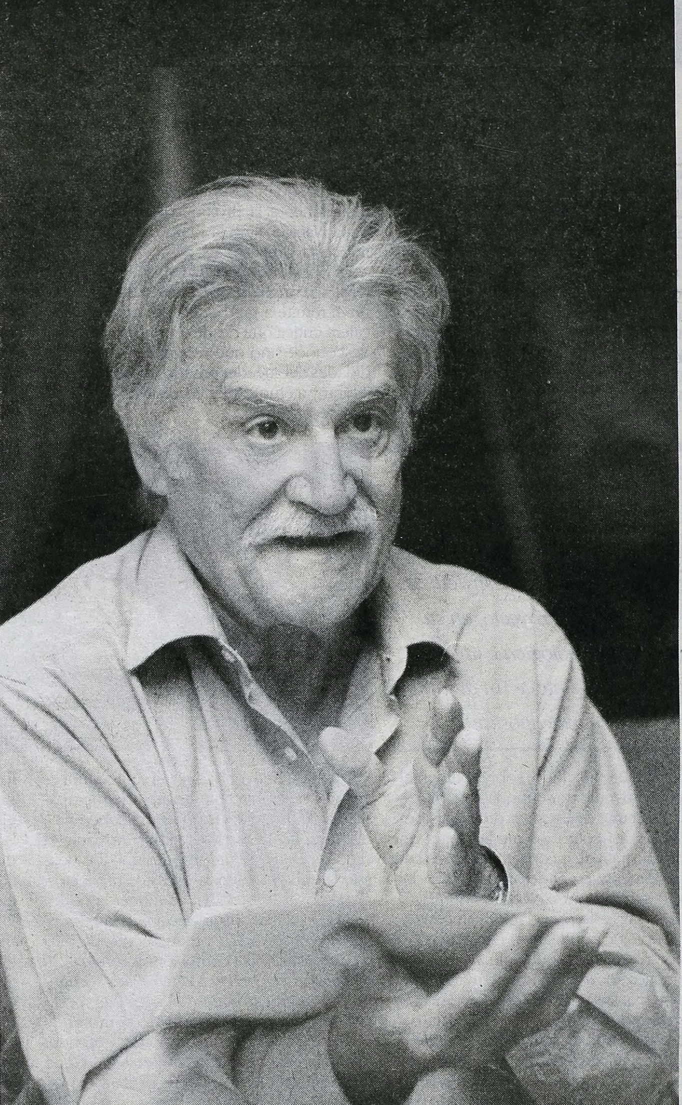
Volviendo al recurso moderno, es importante señalar dos principios clínicos relacionados con éste. Se trata de la pertinencia y la transgresión. El recurso moderno bascula entre ambos.

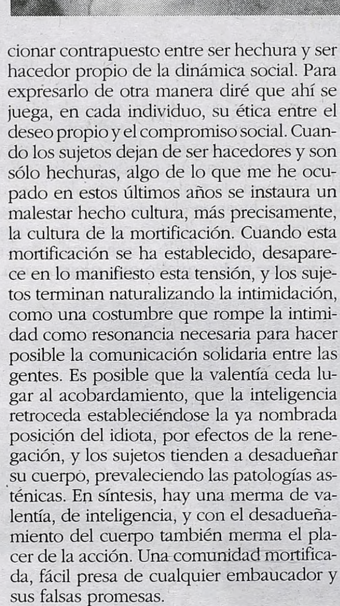
La pertinencia, como ya lo señalé, sólo lo recuerdo, alude a lo que puede o no puede hacerse de acuerdo con las características del campo y del proyecto sobre el que se opera. Además es función del momento de la operación que se lleva a cabo.

En cuanto al principio clínico de la transgresión, cuando se trata de un proceder legítimo, rompe con las leyes del oficio y aun con las del campo, cuando estas normas no alcanzan a resolver la situación que se ha planteado.

No necesariamente un recurso moderno tiene este destino de transgresión, ya que bien puede acrecentar su producción manteniéndose en lo pertinente –y esto es lo más habitual–. La transgresión es, en general, un proceder excepcional que hace necesaria una atenta consideración ética. En efecto, en la brecha virtual que se establece entre el proceso habitual, pertinente, ordenado según las reglas del oficio y las del campo, y la ruptura técnica asumida, es esperable que atraviese una solución creativa, pero también puede hacerlo una arbitrariedad impertinente.

Si la solución es creativa, resuelta la emergencia, se retoman las normas habituales.





"Es posible que la valentía ceda lugar al acobardamiento, que la inteligencia retroceda estableciéndose la ya nombrada posición del idiota, por efectos de la renegación, y los sujetos tienden a desadueñar su cuerpo, prevaleciendo las patologías asténicas."

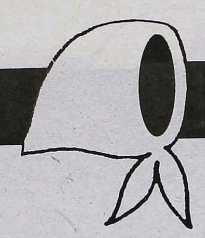
Pero puede acontecer que la transgresión resulte una nueva herramienta que justifica su durabilidad. De tratarse de una arbitrariedad y no de una solución, la crítica operará restableciendo las cosas en su justa medida.

Quizá la palabra transgresión aparezca muy cargada; no obstante vale reivindicarla, ya que ésta está en el origen de toda teoría revolucionaria, de la ruptura epistemológica, la toma de conciencia y también de la fiesta, lo que no es poco.

Es obvio que este juego entre pertinencia y transgresión remite a una idea de tensión entre ambos principios. La idea de tensión es fundamental –en tanto dinamizador– de los procesos sociales, y va más allá de lo pertinente, y lo transgresivo. La tensión social, como motor de la cultura, queda ilustrada por el hecho de que en cualquier comunidad que respete principios éticos básicos los sujetos son, a la vez, hacedores y hechuras de la cultura que ahí se está procesando. En psicoanálisis esto se traduce como el malestar en la cultura, un malestar fundado precisamente en ese accionar contrapuesto entre ser hechura y ser hacedor propio de la dinámica social. Para expresarlo de otra manera diré que ahí se juega, en cada individuo, su ética entre el deseo propio y el compromiso social. Cuando los sujetos dejan de ser hacedores y son sólo hechuras, algo de lo que me he ocupado en estos últimos años se instaura un malestar hecho cultura, más precisamente, la cultura de la mortificación. Cuando esta mortificación se ha establecido, desaparece en lo manifiesto esta tensión, y los sujetos terminan naturalizando la intimidación, como una costumbre que rompe la intimidad como resonancia necesaria para hacer posible la comunicación solidaria entre las gentes. Es posible que la valentía ceda lugar al acobardamiento, que la inteligencia retroceda estableciéndose la ya nombrada posición del idiota, por efectos de la renegación, y los sujetos tienden a desadueñar su cuerpo, prevaleciendo las patologías asténicas. En síntesis, hay una merma de valentía, de inteligencia, y con el desadueñamiento del cuerpo también merma el placer de la acción. Una comunidad mortificada, fácil presa de cualquier embaucador y sus falsas promesas.

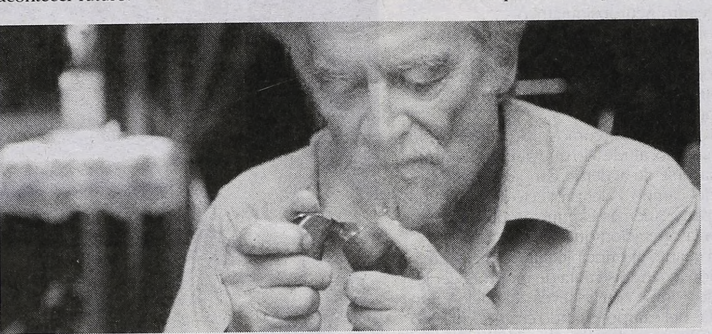
Pero lo que quiero destacar es que la idea de tensión, inevitable en toda producción social, permite introducir otra tensión, con la que precisamente trabajé en la devolución conceptual. En el debate posterior me sorprendió la fuerte significación que adquirió el término "fractura" –de hecho vocablo cargado– que utilicé para señalar que éstas constituyen, dentro de una estructura institucional, puntos de convergencia de tensiones de origen más o menos callado, pero que se evidencian en los puntos fracturados. Cuando digo fractura estoy aludiendo a una antigua observación personal, útil para abordar semiológicamente un campo institucional. Puede proponerse que toda institución es resultado de la articulación de tres componentes. Uno geográfico, espacial, con sus respectivas dimensiones y distribuciones, por ejemplo un pasillo que articula distintos espacios, pero que por ser demasiado estrecho constituye un obstáculo físico donde el malhumor, el fastidio o cualquier otra expresión agresiva propician encontronazos. La segunda distribución concierne al tiempo; la articulación de la mañana con la tarde, el número de horas de actividades, el cambio de turno de dos equipos, el trabajo que se lleva a casa, etc. El tiempo resulta elástico e incluso es uno de los factores de explotación laboral. No ocurre lo mismo con la geografía y su rigidez por más entrepisos que se construyan. Finalmente, la distribución de los roles, que también articulan diferentes funciones: un vocero de grupo comunica lo producido allí con el conjunto del plenario, un capataz articula obreros y jefaturas, etc. Los roles, por admitir aprendizaje, constituyen la distribución de mayor plasticidad. Lo que importa entender aquí es que, si hay distribuciones, esto implica articulaciones, reales o tal vez virtuales. Cuando alguna de ellas deja de articular bien lo distribuido, se convierte en una fractura.

Tal la idea de fractura, descargada de algunas connotaciones concretas y simbólicas, surgidas en el debate, que remitieron a la necesidad de amputaciones u operaciones cruentas. No cabe duda del beneficio de su solución, y esto no es ajeno a los propósitos del Taller del Colectivo, pero también puntos semiológicos que faciliten la lectura diagnóstica, porque, como ya señalé, es sobre ellas que convergen las tensiones, haciendo posible adver-



tir aquellas razones subyacentes que aprovechan de estas articulaciones fracturadas para expresarse. Siempre me han resultado útiles estos reparos semiológicos para la lectura diagnóstica de cualquier institución, y en particular para prever el posible deterioro de un recurso moderno facilitando la construcción de un pronóstico distinto acerca de la inclusión del mismo.

Voy a intentar aludir ahora a posibles crisis conjeturables en un proyecto valioso y audaz como el de la UPMPM. La experiencia en el campo social con comunidades que se están organizando, sobre todo en el tiempo instituyente de su fundación, muestra lo importante que resulta prever las posibles crisis, así como los medios para resolverlas. Se trata de incorporar las crisis como un momento en el desafío creativo del proyecto y no como catástrofes destructivas. Y a fe que este proyecto, en su consistencia ideológica e ideativa, constituye realmente un desafío al que vale apostar.



Se trata de incorporar las crisis como un momento en el desafío creativo del proyecto y no como catástrofes destructivas. Y a fe que este proyecto, en su consistencia ideológica e ideativa, constituye realmente un desafío al que vale apostar.

Cabe pensar que con frecuencia en estos proyectos, próximos a lo utópico, se dibuja la mítica Torre de Babel y sus clásicos componentes: la construcción precisamente utópica de un proyecto, la confusión de lenguas, la dispersión de gentes.

La práctica social como psicoanalista me permite hacer la siguiente observación: con frecuencia en el tiempo inicial de una organización, tiende a conflictuarse la articulación entre el núcleo fundador, que por serlo o para serlo, posee una fuerte unidad (consensual) y el conjunto representado por quienes, atraídos por la índole del proyecto al que se incorporan en acuerdo, aportando la sumatoria de expectativas y experiencias de vida plurales, es decir no consensuales. De hecho una articulación que supone grados diversos de encuentros y desencuentros entre el estatuto más consensual de los iniciadores del proyecto y la pluralidad, aun sin oportunidad de ir acordando, de quienes vienen llegando.

La cuestión interesante que se plantea es la siguiente: ¿quiénes operan aquí como recurso moderno? Es obvio que, si las cosas funcionan bien, ambos sectores lo son, ya que así resulta la nueva propuesta para quienes a ella se afilian, y también son tales recursos los nuevos haciendo viable el proyecto. Corresponde entonces mantenerse doblemente atentos a los riesgos de los deterioros de los que vengo hablando.

No cabe duda de que en la fuerte y vital consensualidad de las Madres de Plaza de Mayo, consensualidad que hizo posible sostenerse, sobrevivir y ahora intentar inscribir su acción sobre la sociedad a través de esta Universidad Popular, implica hacer un recorrido que se acerque a otra plaza, la de los Dos Congresos, y esto sin privilegiar necesariamente la proximidad del Congreso de la Nación, sino la plaza que da domicilio a esta Universidad.

Es oportuno atender aquí el sentido del término congreso, que a través del latín *congredi* remite a gradas, las de una ardua escalera crítica que desde un presente que no desconoce sino que resignifica las profundidades del suceder pasado, se anima a conjeturar y a emprender la construcción de un acontecer futuro.

Sobre este devenir, que así cabe denominar a ese accionar tanto sobre el tiempo pasado y futuro, en busca de una coherencia histórica no fracturada, habrá de darse la construcción de otra propuesta. Cabe pensar que con frecuencia en estos proyectos, próximos a lo utópico, se dibuja la mítica Torre de Babel y sus clásicos componentes: la construcción precisamente utópica de un proyecto, la confusión de lenguas, la dispersión de gentes. A esta bíblica secuencia cabe agregar que en el accionar social-político, ajustado a un ideario como el de las Madres, resulta muy importante atender a la convocatoria de los dispersos, cuando ellos son valiosos para el proyecto y el proyecto lo es para ellos mismos, cobra una vital importancia.

¿Cómo hacer posible esta convocatoria que parte desde "la construcción utópica" y sus sabidos obstáculos? La respuesta está, entre otras cosas, en redefinir la idea de utopía. Una utopía pensada en términos modernos –como los recursos–, una utopía con tópica, que ya está anunciada y que preside, a manera de título, este artículo. Una utopía con lugar en el presente, y no en un incierto porvenir. Tópica nacida de dos negaciones, afirmando lo positivo: **negarse a aceptar todo aquello que niega la realidad**. Una doble vuelta de negación, pero contraria a otra muy conocida en la mortificación social, se denomina **re-negación**. Aquí no solamente se niega lo que oprime, sino que se niega que se está negando. Desde esta renegación se naturaliza la intimidación haciendo de ella costumbre, produciendo una verdadera amputación de la capacidad creativa del pensamiento.

En ese sentido esta utopía ejemplifica la epopeya de las Madres, desde aquella antigua consigna inicial, en la que reclamaban **"Aparición con vida"** de sus hijos. Parecía una locura, cuando en realidad lo que afirmaba esa aparición con vida iba más allá: aparición con vida o que se demuestre y castigue a los culpables del crimen. Nítido ejemplo de ese negarse a aceptar lo que niega la realidad.

Para terminar, haré algunos comentarios acerca del Taller del Colectivo. Comentarios con un poco de humor. El humor vale cuando vale el desafío que lo acompaña, además de lo que implica por sí mismo. Es un fluido penetrante que disuelve lo solemne, cuando corresponde, y en general corresponde. Los psicoanalistas –algunos– pensamos que es uno de los nombres de la transferencia, no tanto porque la disuelva sino porque, llegado el tiempo de advenir al como sí de ésta la sustituye instaurando sobre lo que parece, lo que es.

El colectivo es el más emblemático, o al menos el más popular de los inventos porteños, en todo caso en el área del transporte. Los griegos llamaban y llaman aun metáforas a sus transportes. Tal el sentido de la divulgada palabra. Pero, si hay una metáfora que representa el mayor colectivo de la historia argentina, con trascendencia universal, es la de las Madres de la Plaza de Mayo. Pero acontece también que taller (y aquí la cosa es más laxa, pero aún vale) remite en lengua española a astilla, por esa vía a astillero... y ya estamos fabricando naves. La mapuche caleuche o nave de los locos y la de las Locas de la Plaza, metáfora que transportó coraje y esperanza navegando el universo desde la ronda de los jueves. ¿Qué decir de este emprendido cabotaje local que es esta Universidad? ¿Qué decir de esta navegación por propios ríos tal vez más arduos que los mares abiertos? A esta navegación pretende acompañar –que no pilotear–, como recurso naviero, esta charla, aludiendo al Taller del Colectivo. Transporte a doble título: por el vehículo como ejemplo de inventiva popular y porque de las astillas sociales se anima a construir otra realidad. Astillas, algunas del propio palo, de las que la conseja popular afirma que son las peores, cosa no necesariamente inexorable. Y otras del mismo palo... el ideológico, aquel que admite la proximidad entre personas distintas sumando vocación. No es poca cosa esta pretensión, todo lo contrario, es vocación universitaria la de la UPMPM. Es ésta una nueva manera de definir la vocación, palabra tan amarrada, en sus posibilidades, a ocasión. La mayoría de quienes responden a la ocasión que propone la UPMPM debe haber tenido pocas ocasiones para elegir su quehacer según la usual idea de vocación. Incluso, pocas ocasiones para saber lo bastante sobre el propio deseo vocacional. La propuesta de esta Universidad Popular, según la entiendo, representa otra manera de la vocación: una manera de hacer las cosas que concierne a la posibilidad de no quedar atrapado en la ocasión que a cada uno le tocó en suerte. Esta vocación hace posible ir más allá de la ocasión, por más calva que la pinten. Un no quedar atrapado que supone poder definir, con pleno valor vocacional, no sólo el área deseada para el propio quehacer, sino también una manera propia de hacer, que se vale de la ocasión sin que ella se valga del sujeto, que en esto consiste no quedar reducido a mero objeto. Si algo ayuda a esta redefinición vocacional, no oportunista, es la disposición para pensar con otros y en términos críticos, aquello de ser hechura y hacedor de la cultura construyendo una comunidad solidaria.

"La propuesta de esta Universidad Popular, según la entiendo, representa otra manera de la vocación: una manera de hacer las cosas que concierne a la posibilidad de no quedar atrapado en la ocasión que a cada uno le tocó en suerte."

"Si algo ayuda a esta redefinición vocacional, no oportunista, es la disposición para pensar con otros y en términos críticos aquello de ser hechura y hacedor de la cultura construyendo una comunidad solidaria."

La capacitación que surge de la propuesta de una Universidad Popular como la de las Madres reactiva la esencia misma del pensamiento universitario. Aquel que permite superar, con mayor o menor dificultad, que uno es según lo que le hicieron –lo bueno, lo malo, lo pésimo–, tiene chance de llegar a ser lo que uno hace. Algo que no está del todo mal, sobre todo cuando habilita una manera propia de hacer, no sólo en relación con el trabajo, sino en lo que concierne a la propia vida. De ser así, no está excluida la posibilidad de llegar a *hacer lo que uno es*. De los muchos nombres que suele darse a esta posibilidad y que reverdece cada tanto, está aquello del Hombre Nuevo, fórmula que bien merecería superar los límites del género, habida cuenta de que se trata de las Madres.

Una leyenda talmúdica dice así: de barro hizo Dios al hombre y le sopló su aliento, mujer hizo de hueso y le insufló vida. Cualquier aguacero dispersa la arcilla y apaga el aliento. La mujer es hueso duro de roer, se aferra a la vida y la da. Según este relato, desde los orígenes mismos también fue la Mujer Nueva. Y esto no es cortesía de hombre. Solamente recuerdo alguna de las mujeres hablando en el plenario y no sólo ahí.